

REFUNDIR LA POLITICA, AFIANZAR LA CONSTELACION VERDE

Llamamiento por una alternativa contemporánea

Joan Buades*

Nos encontramos en una era de incertidumbres civilizatorias profundas y de suficiente experiencia de activismo en democracia como para afirmar que hoy ya es una necesidad urgente abrir un debate político sobre cuál debería ser la perspectiva de una alternativa de principio, ecológica y solidaria, desde el Norte del planeta y sobre las formas concretas de su viabilidad. Ello debería fomentar el poner en común la visión de cada cual sobre las perspectivas emancipatorias en el Estado español una década después de la llegada de la socialdemocracia al Gobierno de Madrid y un año después de la celebración de la Cumbre Sobre la Tierra en Río de Janeiro. Quien suscribe cree compartir con mucha otra gente alternativa, un anhelo y una urgencia de novedad en las formas y en el fondo de lo que ha sido la realidad de los movimientos sociales y la política establecida en este rincón del Planeta en los últimos tiempos.

I. LA DECADA SOCIALISTA: MODERNIZACION EN TIEMPOS DE CRISIS DE CIVILIZACION

La llegada del PSOE al gobierno central ha permitido el encaje definitivo del Estado español en el sistema global de Poder. El largo camino iniciado por la tecnocracia franquista a finales de los 50 por anclar a España

en el concierto de las Instituciones occidentales (UE, especialmente) en un contexto de consumismo infinito y un débil estado del bienestar, sólo podía darse por concluido cuando el Estado español fuese una democracia donde funcionaran los consensos básicos al uso en las democracias de la posguerra mundial.

La novena potencia industrial planetaria, sólo podía ser aceptada en los salones del rico Occidente si se dotaba de un régimen de democracia consensuada con alternancia pero donde las alternativas de principio hubieran sido exorcizadas. Además, su orientación económica debería conceder una prioridad absoluta al crecimiento crematístico y la idea de liberalización. Junto a ello el Estado debía allanar el camino para el despliegue industrialista mediante infraestructuras clave como las vías de comunicación, las estructuras energéticas, la planificación territorial, la investigación o el sistema educativo. Por último, este esfuerzo requería una voluntad clara en favor de una creciente interdependencia continental que permitiera fortalecer la competitividad comercial, economía y política del lado rico de Europa en un mundo cada vez más global e imprevisible.

En una etapa de salida pactada de una Dictadura, sólo la alternancia de gobierno en favor de la izquierda, el único bloque político no partícipe del régimen dictatorial,

* Miembro de Els Verds de les Illes Ba-

lears i Pitiuses. Octubre de 1993.

podía otorgar legitimidad al proyecto de una España moderna, democrática, miembro de pleno derecho de las Comunidades Europeas y sólido aliado militar de los intereses estratégicos del Norte industrialista. En este sentido, la contribución del PSOE y el campo progresista ha sido magistral. Nunca en el pasado el Estado español se había acercado tanto a los niveles de vida occidentales ni había sido tan activamente partícipe en las Instituciones donde se cuece el desorden internacional. Los fastos del año 92 son suficientemente ilustrativos de la nueva situación.

En este sentido, el problema reside en el *arcaísmo* de esta política y su *insostenibilidad ecosocial en un mundo amenazado de colapso civilizatorio*. La suerte de nuestro Planeta y de la Humanidad ya no conoce fronteras seguras, como se reconoció en la Cumbre sobre la Tierra. Las «externalidades» empiezan a ser demasiado difíciles de «gestionar» para el desorden establecido. Así el conjunto de equilibrios ecosistémicos, desde la atmósfera al océano pasando por el territorio, están en un peligro quizás inmediato de no poder ser restablecidos en un sistema industrialista mundial que ha convertido la Naturaleza en objeto externo a consumir como si fuera a durar siempre. El volumen de producción y consumo globales despilfarrado desde 1950 en los países del Norte del planeta es superior al de toda la economía mundial desde la aparición de la Humanidad. La alianza de la tecnocracia, la industria y el poder militar con la ideología del Progreso ha proporcionado unos niveles de vida antiecológicos a ese cuarto de humanidad que vivimos en el Norte a costa de las generaciones futuras y de nuestros hermanos y hermanas de especie en el Sur. Pero no sólo el «seguir así» amenaza ya la calidad de vida del Norte privilegiado de la Tierra. La contaminación, las enfermedades industriales, la desnaturalización alimentaria, el hacinamiento urbano y la centralidad otorgada al individualismo automovilizado, productivista y estresado, están destruyendo la cohesión social en el mismo Norte. Por otro lado, la externalidad «población» acentúa esta inercia ecocida. A lo largo de este siglo la población mundial se habrá cuadruplicado y podría doblarse de aquí a media-

dos del siglo XXI. ¿Cómo podría subsistir la especie humana en un Planeta finito si el nivel de consumo y el modo de vida del Norte se generalizara en todo el Sur? Es por ello que cada vez más la idea de seguridad deberá ligarse a la de sostenibilidad ambiental a largo plazo y a la de justicia social entre el Norte y el Sur.

La quiebra de la estabilidad del marco financiero y económico internacional constituye una tercera externalidad no resoluble sin grandes cambios en las Instituciones mundiales. La innovación tecnológica sin salvaguardia ética ni social de las últimas décadas condena a amplias capas sociales al paro y a la marginación en el Norte mientras feminiza la pobreza en el Sur. La «deuda externa» del Sur es ya financieramente impagable y empuja, por si fuera poco, a devastar grandes áreas de los países pobres mediante economías de monocultivo. El estancamiento y envejecimiento medio de la población en el Norte, conducen a una urgente necesidad de recorte del Estado del Bienestar para evitar la suspensión de pagos del Estado. Por ello, la inestabilidad social en el Norte privilegiado del Planeta crece velozmente y con ella la tendencia a un nuevo racismo y autoritarismo social que lesiona los derechos democráticos, la igualdad de oportunidades de vida propia de las mujeres y la juventud.

El derrumbamiento de los regímenes de «socialismo real» en el Este de Europa no ha hecho más que agravar estos desequilibrios mayores, por más que por su naturaleza estas sociedades no constituyeran ninguna alternativa de principio al industrialismo capitalista. En realidad, conformaban un tipo de industrialismo diferente, en forma de comando autoritario y burocrático. Esta variante del industrialismo compartía una identidad básica de prioridades con el industrialismo capitalista: estaban orientadas al crecimiento crematístico, productivo y energético a toda costa, usaba la Naturaleza y los países pobres como un territorio de saqueo al servicio del Progreso, confundían aumento y generalización del consumismo con mejora de la calidad de vida, apostaban por la energía nuclear y el control ciudadano. Su orientación armamentista ha conllevado que con su desaparición como alternativa dentro del industrialismo ha-

yan aumentado notablemente los riesgos de conflictos a escala regional, debido a una proliferación atómica, biológica y química cada vez más accesible a países que no habían alcanzado hasta ahora el suficiente conocimiento tecnológico y materias primas para ello.

Así pues, hay que relacionar la Transición española con su contexto global. A grosso modo, los 20 años transcurridos desde el principio del fin del franquismo hasta hoy, coinciden con el agravamiento de los problemas globales decisivos para asegurar un futuro humano solidario y sostenible en el Planeta, como bien demuestra una comparación de la situación en el mundo entre la Conferencia sobre Medio Ambiente de 1972 en Estocolmo y la Cumbre sobre la Tierra de 1992 en Río de Janeiro.

Si algo ha caracterizado la década socialista ha sido, en este sentido, su perspectiva nacionalista y su base desarrollista en un mundo amenazado globalmente de colapso civilizatorio. Porque el Estado español se ha convertido en parte substancial del proyecto de superpotencia industrial y comercial en Europa occidental. El europeísmo compartido por la tecnocracia franquista y el anti-franquismo triunfante y ampliamente hegemónico entre la ciudadanía, ha comportado un aumento vertiginoso de los umbrales de consumo ecológicamente insostenibles (energía, agua, espacio rural, residuos, infraestructuras viarias, espacios «naturales», especialmente), paralelo al creciente desmantelamiento del tibio estado del bienestar en un contexto de crisis fiscal y de paro estructural de escándalo. Con ello, nos hemos ido incorporando a ese 1,7 % del territorio del Planeta que contiene a un 6,1 % de su población y comparte con los EUA y el Japón, las mayores responsabilidades globales. Así, esta Europa consume el 25 % del PIB planetario, el 14,3 % de la energía; es responsable del 15,9 % de las emisiones de CO₂, del 29 % de los CFC, posee el 31 % de los coches, acapara el 20 % de la exportación de maderas tropicales y produce el 70 % de los plaguicidas. La UE acapara el 21 % del comercio mundial de alimentos, el 49 % de las importaciones energéticas y el 55 % del conjunto del comercio mundial tiene en ella su origen o destino.

Por si fuera poco, esta UE presenta una notable desigualdad social. La población sin trabajo superará pronto los 20 millones de personas (3 de ellos en España), esto es, un 8 % del total. La población inmigrada va creciendo a medida que la crisis ecológica y la descomposición en el Sur se agrava sin que pueda participar de los derechos políticos y sociales mínimos.

El proyecto modernizador capitaneado por el progresismo socialdemócrata refleja pavlovianamente esta sinrazón. Ignora la dimensión ecológica y ahí están ejemplos tan contundentes como la petición en Río de una licencia para aumentar hasta final de siglo las emisiones de CO₂ en un 25 %, el Plan Hidrológico Nacional por no aludir al llamado Plan de Infraestructuras (1993-2010) o el sacrificio de la mitad de la población agraria a la Política Agraria Común. Justifica el apartheid occidental contra los 3/4 de la humanidad al convertirse en centinela de la fachada ibérica del muro de la UE contra el Sur en forma de Ley de Extranjería y cooperación en los acuerdos policiales comunitarios de Schengen. Socialmente fomenta las desigualdades y la precariedad en el empleo mientras aboga por un recorte de los derechos sociales de las minorías, la gente mayor, las mujeres y la juventud. Mientras, mantiene un compromiso de hierro con la militarización de los programas de investigación y desarrollo y la modernización de las inversiones armamentistas. Y desarrolla un papel político activo en favor de una puesta al día de la hegemonía militar del Norte en los conflictos de la nueva época: Golfo Pérsico, Somalia, Yugoslavia, ... En consonancia con la situación en numerosos Estados de la CE, la modernización implica además un refuerzo de la centralización y del estatismo bajo la divisa europeísta que moderniza la opresión nacional contra Galicia, Euskadi y los Países Catalanes.

II. DIEZ AÑOS SIN ALTERNATIVA DE PRINCIPIO EN EL ESTADO ESPAÑOL

La historia democrática reciente refleja la desaparición de toda alternativa democrática de principio en el Estado español. El acceso de la izquierda a los poderes públicos

ha arrinconado todo indicio de oposición relevante. De hecho, superado el escollo de la permanencia del Estado español en la OTAN, la izquierda y la derecha presentan perfiles básicos muy parecidos. Las dos pugnan por la primacía de lo económico sobre lo político, postulan una economía mixta con mayor o menor predominio del sector público, regatean márgenes de reconversión industrial y de construcción europea, mantienen posturas muy semejantes en cuanto a intervencionismo militar internacional y sobre tratamiento de minorías. Su nivel de conocimiento de la dimensión global de los problemas ecológicos y su imbricación con la economía, es anecdótico.

Las divergencias partidarias se limitan a conflictos sobre márgenes de reparto o las dimensiones territoriales de una «Modernización» que se percibe como natural, base de toda política. Así, por centrarnos en la izquierda estatal que no está en el gobierno central, aquello que domina absolutamente es el terror a una acción de gobierno compartida entre el PSOE y las «derechas nacionalistas» (CiU y PNV) que pusiese muy difícil un Pacto Social sobre salarios y rentas sociales y reconociera el carácter plurinacional y plurilingüístico del Estado español. Siete años después de su aparición, IU-IC apenas agrupan unas décimas de voto más que el PCE del 1979 y toda la supuesta modernización ecológica de su último programa electoral parece ser que no ha resistido el miedo a ser ignorados en futuros pactos de gobierno central. Toda su oposición a Maastricht (que no a la CE, por cierto) y su reivindicación de compatibilidad de economía y ecología en lo que respecta al Plan Borrell de Infraestructuras o el impuesto sobre la energía podría desvanecerse en cuestión de días para «facilitar el acuerdo». Es una consecuencia natural de siete años de colaboración en la gestión activa desde pactos de gobierno locales y regionales de Olimpiadas, planes de autopistas, incineradoras, pactos sociales de progreso y defensa de puestos de trabajo en sectores ecológicamente insostenibles en lugar de plantear alternativas diferentes de vida. Perdida toda referencia en el Este y desaparecido el Grupo Parlamentario de Izquierda Unitaria Europea en Bruselas por traspaso de la ma-

yor parte del antiguo PC italiano a las filas socialdemócratas, IU-IC trampea su soledad continental desde una triple perspectiva: la anexión socialdemócrata, la adopción por el Grupo Parlamentario Verde en Bruselas y la reconstrucción de un eje rojo con concesiones a la actualidad alternativa. El primero de los proyectos excluye a los demás y ello explica el solipsismo político que embarga a sus diferentes sectores de opinión.

Si nos fijamos en las izquierdas periféricas, es importante reseñar como han superado el «complejo HB» («Herri Batasuna», la organización independentista vasca vinculada a ETA). Por un lado, tanto el independentismo tranquilo de Esquerra Republicana de Catalunya y del Bloque Nacionalista Gallego como el regionalismo de la Unitat del Poble Valencià y los Partits Socialistes de Mallorca i Menorca viven una época de esplendor en una Europa marcada por el fin del comunismo y la eclosión de nuevas fronteras estatales en el Este. Por otro, su perfil político y su actuación práctica se centran en un cambio de acento de su carácter nacional en favor de la reivindicación económica que sea capaz de romper con el techo impuesto por la reclamación cultural y lingüística. Al estar muy pegados al activismo local, su vertiente conservacionista es mucho más consistente que la de IU-IC. Por lo que respecta a la cooperación con el Sur, la dimensión global de la cuestión ecológica o de feminización y ampliación de la democracia, su apoyo genérico encubre siempre su marginalidad ante el conflicto principal entre Galicia, Euskadi o los Países Catalanes y el Estado español.

Estos rasgos caracterizan no sólo a los partidos mayoritarios a izquierda y derecha sino que informa las maneras de hacer de fuerzas sociales de cambio en el pasado, como los sindicatos. Estos se han convertido en maquinarias electorales y burocráticas de gestión de prestaciones a los trabajadores y trabajadoras sindicadas, especialmente en lo que respecta al mantenimiento del nivel salarial. A pesar de gestos que demuestran una sensibilidad alternativa como la creación de Secretarías de la Mujer o de Medio Ambiente, la realidad demuestra su limitación. Las posturas resistenciales de los sindicatos ante el desmantelamiento o traspaso de la plan-

ta industrial en sectores como el energético o el automovilístico así como su creciente participación de los fondos presupuestarios del Estado definen mucho mejor su papel real que su supuesto poder de convocatoria en la huelga general del 1988.

Desde la perspectiva ácrata o «autónoma» la década socialista ha terminado de enterrar toda esperanza de trabajo al margen de la participación electoral. Las dificultades para consolidar una CGT con perfil alternativo y la inexistente Autonomía, reflejan sobradamente sus límites como oposición de principio. La complacencia ácrata en una marginalidad atemporal en una época de tan grandes urgencias ecosociales no es de gran ayuda para vertebrar una constelación alternativa en todos los planos.

Finalmente y a diferencia de lo ocurrido en muchos Estados del Norte, la aparición desde 1983 de Listas Verdes no ha supuesto la consolidación aquí de una alternativa fundamental de base ecológica, solidaria y feminista. Su fracaso general guarda una clara relación con la falta de cultura alternativa en el seno de la mayoría de ellas así como su inanidad política y práctica. El personalismo, el electoralismo, el enfrentamiento gratuito y la no promiscuidad con las iniciativas ciudadanas y movimientos alternativos, la alergia a las minorías, el machismo, el vértigo ante la reflexión política, el localismo, son rasgos generales que han caracterizado la causa verde al sur de los Pirineos.

Aún así, hay otros factores externos que han minorizado el proyecto verde. Cuando todas las modernizaciones ideológicas de las izquierdas tienen un peso real irrelevante frente a los programas ambientales de la derecha alemana y ante la realidad de unos movimientos sociales potencialmente alternativos incapaces de condicionar en un sentido ecológico y social ninguna de las decisiones clave del proyecto progresista en marcha, reflexionar el diferencial negativo entre el caos verde en el estado español y su realidad en el resto del Continente es de vital importancia.

Me gustaría señalar cuatro factores fundamentales como base de discusión:

1. La renuncia hecha en la Asamblea estatal del movimiento ecologista de Daimiel (1978) a toda participación electoral propia

ha consolidado un rechazo de principio a la idea verde que no tiene parangón en Europa occidental. Quince años después es evidente que ni desde posiciones ácratas, ni conservacionistas ni para quienes decidieron «dar una oportunidad» a la izquierda que salía de las catacumbas puede defenderse que tanto el ecologismo como los demás movimientos alternativos tengan una influencia superior a la de principios de la Transición y, en el mejor de los casos, no resiste la más mínima comparación con la alcanzada en países como Alemania o Francia gracias a la irrupción de fuerzas políticas verdes importantes con amplio apoyo de personas provenientes de los movimientos alternativos. El tribalismo, el caudillismo y la complacencia en el trabajo de «mi» organización social son rasgos generales sospechosamente parecidos a los de la mayoría de partidos verdes del Estado español.

2. Las Izquierdas establecidas han hecho lo imposible por impedir la aparición de contrapoderes sociales alternativos al margen del Estado o del esquema Partido-Sindicato-Movimiento. Que ni siquiera haya un Ministerio estatal de Medio Ambiente o que no se distinga ya la existencia de un movimiento pacifista concreto habla poco en favor de quienes desde responsabilidades importantes en colectivos alternativos han defendido la posición de «ecologizar y renovar a todo el espectro político» en forma de expertos y de regalar programas clave de transformación ecológica y social a unas izquierdas establecidas que, por estar en crisis de identidad, temen perder cuotas electorales en favor de futuros movimientos verdes como está ocurriendo en Europa occidental.

3. La inanidad cultural de las Izquierdas y buena parte de los movimientos sociales en el Estado español ha impedido una recepción normal tanto de las consecuencias globales de la crisis ecológica como del paradigma verde. Sólo desde finales de los 80 es posible conseguir en la bibliografía del país informes como *La Situación en el Mundo* del Worldwatch Institute y aún se está a la espera de que aparezca alguna traducción de cualquiera de los buenos materiales sobre los fundamentos de la idea verde, quién es quién en el mundo alternativo mundial o la historia y experiencias de los movimien-

tos verdes. La Conferencia de Rio, por ejemplo, fue ignorada por todas las Izquierdas establecidas y tuvo un eco muy limitado en todo el movimiento ecologista en el estado español. Paralelamente, es aún moneda corriente entre activistas de izquierda y conservacionistas locales confundir verde con ambientalismo y consecuentemente, con hacer electoralismo a costa de un tema no exclusivo de nadie.

4. La juventud del movimiento verde no le ha ahorrado errores de bulto. Uno de los más evidentes es la incapacidad mostrada hasta ahora por la Coordinación Verde Europea, el organismo que confedera a los partidos y movimientos verdes del Continente, por definir un apoyo al crecimiento de las oportunidades de influjo social del movimiento verde más allá de fronteras estatales y continentales. A diferencia de otras instancias de política alternativa como Greenpeace o Médicos sin Fronteras, no ha habido nunca una política de apoyo concreto de los grandes partidos verdes europeos a sus homólogos en Portugal, España o Grecia.

III. CONDICIONES PARA UNA ALTERNATIVA CONTEMPORANEA

A lo largo de los años 80 se ha ido afianzando y extendiendo en buena parte de Europa occidental el movimiento verde. Lo verde constituye la única novedad política real aparecida en el mundo en los últimos 50 años. Este novum político se basa en la necesidad de imaginar y hacer posible una alternativa concreta de carácter sostenible, solidaria y feminista a la crisis de civilización global que amenaza las bases biológicas de la vida sobre la Tierra.

Nada sería de más provecho en el Estado español para el mundo alternativo, que la aparición de un movimiento verde con relevancia política y electoral. Este sería el mejor catalizador para que los minúsculos balbucesos de corrientes ecosocialdemócratas, econacionalistas y ecosocialistas adquirieran un peso real dentro de las izquierdas, sindicatos y movimientos progresistas establecidos. Es más, la experiencia enseña que, además, ello favorecería la introducción de

la cuestión ecológica y la necesidad de una feminización y democratización por abajo del sistema de representación actual como temas de discusión política de todo el espectro parlamentario. Esta irrupción de un proyecto verde sólido será posible si personas con experiencia en los movimientos sociales alternativos o, en todo caso, con un excedente de inteligencia que les permita percibir la magnitud y la incertidumbre de la crisis actual deciden apoyar en los próximos tiempos la terminación del proceso de refundación de la confederación de los y las verdes empezado en los Congresos de unidad de de Granada y Terrassa (enero y abril de 1993). Paralelamente, la confederación de los y las verdes debe empezar a ser representada por personas que estén convencidas de la sustantividad y globalidad de la propuesta verde y que no la utilicen como trampolín para futuras carreras personales. Esto significa politizar el movimiento verde, hacer propuestas concretas, competir culturalmente por afianzar la influencia alternativa frente a un escenario político arcaico.

Tal proceso debe ser entendido como una propuesta con sentido a largo plazo y no competitiva con el esfuerzo y las estructuras de los movimientos sociales alternativos del Estado español. Quienes formamos Els Verds de les Illes somos un ejemplo como tantos hay en Europa occidental de que el trabajo permanente en la sociedad no sólo no impide sino que exige una proyección institucional, electoral, del espacio alternativo. El horizonte sería, pues, mucho más ambicioso que el iluminismo marginal o garantizar pactos de progreso contra la derecha. Estamos hablando de las condiciones de posibilidad de una sólida constelación alternativa al proyecto de progreso industrialista que comparte todo el espectro político establecido a izquierda y derecha.

¿Cuáles serían estas condiciones mínimas para poder hablar de la consolidación de una alternativa contemporánea de base ecologista, pacifista y feminista en el Estado español? Nos atrevemos a avanzar algunas claves:

1. Existe una urgencia ecológica planetaria que exige un replanteamiento completo, solidario y concreto de las relaciones especie humana-resto de la Naturaleza, pueblos

del Sur-bloque industrializado y hombre-mujer. Sólo propuestas sin fronteras, audaces y nuevas pueden impedir un «seguir así» que nos puede llevar en pocas décadas a superar umbrales de irreversibilidad decisivos para el sostenimiento de la vida humana sobre el Planeta.

2. No hay alternativas políticas conocidas a la colaboración crítica en la consolidación de un movimiento verde digno en el Estado español. Desde el punto de vista de los hechos, no hay indicios de que desde la tradición de izquierdas en crisis y su pobre bagaje cultural puedan esperarse cambios reales que harían innecesaria una alternativa verde. Lo verde implica reconocer la incertidumbre ante la magnitud de la crisis de civilización. Quizás ya no será posible materializar la esperanza pero no debemos cejar en nuestros esfuerzos concretos por si acaso aún fuera practicable un reequilibrio ecológico y solidario de los modos de vida sobre la Tierra.

3. Lo verde no tiene como referente la Izquierda sino todo el sistema político establecido. Un proyecto contemporáneo de alternativa antiproductivista, orientado a su sostenibilidad ecológica a largo plazo, la justicia social con el Sur y la feminización de las formas de participación social tiene que

conseguir apoyos —desiguales, claro está— de prácticamente todas las franjas políticas. En las condiciones actuales, la socialdemocracia gobernante tiene que ser el principal afectado por la irrupción de un movimiento verde fuerte.

4. No es posible construir un movimiento verde-alternativo fuerte, si no compatibiliza su dimensión mundialista con la dimensión plurinacional y pluricultural del Estado español. La visión antiestatal y solidaria sin fronteras del movimiento verde no puede ser caricaturizada en forma de «españolismo» o «independentismo».

5. Las y los verdes debemos hacer congruente todo este proceso con el afianzamiento de una cultura política interna basada en el respeto y protección de las minorías, la tolerancia, la solidaridad y la salvaguardia de un tiempo propio y no político de las personas comprometidas en este proyecto. Asimismo, no se puede pertenecer al movimiento verde si no se participa también en la dinámica de los movimientos e iniciativas ciudadanas alternativas. La confederación verde sólo debería constituir una parte de una cada vez más vasta red de iniciativas, campañas, medios de comunicación, foros, alternativas.

De revistes en surten moltes, però ...
només n'hi ha una :

D'actualitat - L L C - - - -

Alternativa I - - - A - - - A

En català - - - - R U - - - -

Vull rebre un exemplar gratuït de la revista

Nom.....

Adreça.....

DP.....Telèfon ().....

Illerena, Actualitat i Alternatives Rda. Sant Pere, 44, Pral. 1a 08010 BCN Tel. (93) 319 53 50